

La lupa de Merlín

Silva Rios, Carlos

Veröffentlichungsversion / Published Version
Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Silva Rios, C. (2008). La lupa de Merlín. *Athenea Digital: Revista de Pensamiento e Investigacion Social*, 13, 201-208.
<https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:0168-ssoar-63385>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer Deposit-Lizenz (Keine Weiterverbreitung - keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Gewährt wird ein nicht exklusives, nicht übertragbares, persönliches und beschränktes Recht auf Nutzung dieses Dokuments. Dieses Dokument ist ausschließlich für den persönlichen, nicht-kommerziellen Gebrauch bestimmt. Auf sämtlichen Kopien dieses Dokuments müssen alle Urheberrechtshinweise und sonstigen Hinweise auf gesetzlichen Schutz beibehalten werden. Sie dürfen dieses Dokument nicht in irgendeiner Weise abändern, noch dürfen Sie dieses Dokument für öffentliche oder kommerzielle Zwecke vervielfältigen, öffentlich ausstellen, aufführen, vertreiben oder anderweitig nutzen.

Mit der Verwendung dieses Dokuments erkennen Sie die Nutzungsbedingungen an.

Terms of use:

This document is made available under Deposit Licence (No Redistribution - no modifications). We grant a non-exclusive, non-transferable, individual and limited right to using this document. This document is solely intended for your personal, non-commercial use. All of the copies of this documents must retain all copyright information and other information regarding legal protection. You are not allowed to alter this document in any way, to copy it for public or commercial purposes, to exhibit the document in public, to perform, distribute or otherwise use the document in public.

By using this particular document, you accept the above-stated conditions of use.

La lupa de Merlín

Merlin's magnifying glass

Carlos Silva Rios

Universidad Autonoma de Barcelona

carlos.enrique.silva@gmail.com

Resumen

El que sigue no es un texto prescriptivo, aunque a ratos lo parezca; tampoco es terminante, aunque también lo parezca. Es, en todo caso, una reflexión o, para los que no gustan de la terminología que haga referencia al *cogito* cartesiano, una argumentación sobre un modo de ver las cosas. He preferido llamarlo fenomenología, pero, a decir verdad, pudiera llamarse de cualquier otra manera, como Lupa de Merlín, por ejemplo. Lo importante es que el término o términos escogidos sugieran que *lo que está* siente y se siente, y que entre eso y nosotros no hay una distancia o un extrañamiento, sino una co-implicación afectiva. Ofrezco entonces tres ejemplos y el tratamiento que doy a esas presencias sensibles ante mí y yo ante ellas. Al final, más que elaborar unas conclusiones que dejen algo en claro sobre todo lo que he dicho, extendiendo una invitación a que ensayen un acercamiento similar, a ver si, a diferencia mía, tienen éxito.

Palabras clave: Fenomenología; Deconstrucción; *Keywords: Phenomenology; Deconstruction; Sensibility*
Sensibilidad

Abstract

The following is not a prescriptive text, neither a definitive one, though sometimes it might be thought it is the other way around. In any case, this is a reflection or, if you dislike Cartesian terminology, this is a way of arguing about certain worldview. I chose to call it phenomenology, but you might call it what you please; perhaps "Merlin's magnifying glass". The important thing is that the chosen term should suggest that what is there feels and, and at the same time, is felt. And that between what is there and us there is not a gap but a sensitive coexistence. I offer three examples of such a sensitive coexistence based on the relation constructed between "it" before "me" and "me" before "it". After all these considerations, instead of stating a clear set of conclusions, I invite you to try a similar approach in the hope that you succeed - unlike me.

...il s'agit de cette image, donnée pour cette signification.

Roland Barthes

Digamos que Merlín, el mago, tuvo la secreta previsión de redactar un testamento. Digamos que, siendo secreto, nadie supo de su existencia hasta que unos arqueólogos, sin duda afortunados e imaginativos, lo encuentran en medio de una excavación hecha con otros propósitos. Muy dados a la divulgación,

estos científicos permiten que la prensa internacional publique el contenido del prodigioso documento, dizque para enterar a todos los beneficiarios, que son muchos y andan desperdigados por este y por el otro mundo. Usted, aficionada a las curiosidades de hoy y de otrora, lee la noticia, y ya casi al final de la lectura descubre, sorprendida, que Merlín la ha incluido en la declaración de su última voluntad; cosa perfectamente comprensible tratándose de un mago. No obstante, su sorpresa aumenta al enterarse de cuál ha sido el bien que el testador dispuso para usted: una lupa.

Al día siguiente de esta revelación, recibe por correo de gabinete un paquete contentivo del legado *merlinezco*. Lo abre, ase la lupa para extraerla de la caja y al hacerlo nota que del mango cuelga por cordel bramante y bermejo una nota. La lee rápidamente, pues está escrita en castellano antiguo pero inteligible, y se maravilla aún más al saber las propiedades de la herencia: La lupa de Merlín sirve para leer las diminutas palabras que pueblan la superficie de las cosas. *«Si acercas la lupa al pétalo de una rosa o a un canto rodado, podrás leer lo que está escrito en éste o en aquél; podrás leer eso que les permite subir a tus ojos y de allí a tu alma, dando detalles de todo lo que lo hizo frágil, encarnado y muy propio para el cortejo, en un caso; o todo el mar que lo hizo liso y arrojadizo si hay onda atinada y torvo Goliat, en el otro»* –reza la nota, y por colofón advierte esto otro: *«Sólo una cosa exige esta lupa, presente y sensibilidad.»*

La fenomenología, feo vocablo que en su origen significa «palabras que hablan de la apariencia» o, si se quiere, «de la forma», es como la lupa de Merlín, y el fenomenólogo, por su parte, es como usted, la heredera, a quien sólo se le pide olvidar el pasado y sentir en el presente –en el instante– lo que tiene que decir la piel de las cosas. Aclaro que aquí *piel* y *cosa* son dos términos cuya vastedad afectiva se pierde de vista y por ello no puedo sino comprimirlos en una metáfora; la más comprimida de las metáforas, esa que se sirve de la palabra misma. Dicho, pues, en términos de Gastón Bachelard (1997, p.7), para poder experimentar la presencia viva de las formas –el efecto de aumento de esta lupa mágica¹– «hay que estar en el presente, en el presente de la imagen». A continuación mostraré algunos casos o ejemplos donde no será difícil ver cómo opera la fenomenología.

Una estética de la dignidad. Primer ejemplo

Estoy leyendo una novela y lo hago como si la lupa la hubiera heredado yo: me entrego a la portentosa legión de sus imágenes, es decir, asumo una disposición abierta a la experiencia estética; leo cada palabra escrita en el nudo de tinta que forma cada letra. De pronto, en la página cincuenta, me topo con unas palabras que intensifican esa experiencia, que me sustraen de la flecha del Tiempo y me obligan a quedarme por un buen rato de pie ante el instante o, mejor dicho, sumergido en el instante. Sonrío y sólo admito la posibilidad de la duración si el tiempo de mi deleite se prolonga, que avance sin pasar o que pase sin avanzar. No hay tentación histérica que altere los efectos emocionados de esta epifanía de la sensibilidad que sólo se da porque ha habido una co-implicación sentida entre la imagen y el lector, en este caso yo. ¿Cómo ha sido esa experiencia? Por supuesto inefable, pero siempre es posible decir

¹ Dice Paul Ricoeur, «La obra aumenta icónicamente la vivencia inefable, incomunicable, cerrada sobre sí misma. Este aumento icónico, en tanto que aumento, es lo que se puede comunicar.» [Entrevista realizada al autor por François Azouvi y Marc de Launay].

algo. Veamos o volvamos a lo que aquí he llamado imagen y que, al menos en principio, tiene forma apalabrada:

'I would assume that you were going to offer me refreshment', Dumbledore said to Uncle Vernon, 'but the evidence so far suggests that that would be optimistic to the point of foolishness.' (Rowling, 2005, p. 50)

Lo primero que está allí, sin asumir el cuerpo de las palabras, es *una palabra*: elegancia. Y detrás de esa palabra: *un mito*, tal como lo concebía Roland Barthes (1957); es decir, un *sentido-forma* que ofrece una lectura inmediata que al mismo tiempo se sigue de una historia, de una moral, de una estética. Esta historia, esta moral y esta estética, aunque todo apunte hacia ello, no pertenecen al pasado; no son una acumulación de signos, de trazos mnémicos que se manifiestan de pronto como liebre que sale de chistera; son presente y superficie. Como decía Macedonio Fernández (1982, p. 120):

El 90% de los hechos de recordación son provocados por circunstancias actuales; nos olvidaríamos de todas las pequeñas menudencias cotidianas que nos hemos propuesto hace un minuto antes, si todo en torno de nosotros no estuviera poblado de cosas y hechos recordantes.

Así, pues, la imagen de Dumbledore me proporciona, de buenas a primera, la lectura de la elegancia, pero, luego de un momento, el encadenamiento sociohistórico² de la forma me remite a la ya manida *flema inglesa* rejuvenecida por la puntualidad, soltura y delicada perspicacia con la que son utilizados los términos. La imagen, bajo la lupa de Merlín, permite leer precisamente eso: calma, impasibilidad y, al mismo tiempo, ingenio, control, orden. En esta imagen cada cosa está en su lugar: lo que pudo haberse asumido y lo que evitó que la asunción se realizara. Al mismo tiempo, está el donaire con el que se confiesa lo primero y se decide lo segundo. No sabemos qué ha ocurrido antes, pero sí que sólo un tonto no hubiera notado cuán obvia es la disposición del Otro a no tener un gesto de amabilidad. Pero ese saber no es parte importante del goce estético que proporcionan las líneas de Rowling. Para regocijo de los estetas, Rowling lo dijo *así* y, afortunadamente, podemos disfrutarlo dejándolo *ser así*.

Esta imagen también comporta una moral. En este sentido, pudiera decirse que el optimismo, en este caso, no es un valor afín a las entidades flemáticas. Un ser perspicaz pertenece a la esfera de las certidumbres, y su sustento lo halla en aquello que se ofrece a la percepción *tal como es*. No se presta a juzgar ligeramente la actitud del Otro tomando como elemento fundamental todo lo que tiene de buena esa actitud, si a la vista sólo se muestra lo contrario. Así, el flemático puede permanecer allí donde todo evidencia que no es bienvenido, pero no lo hace por ciego o por tener un entendimiento de muy poco alcance. Lo hace porque es capaz de saberse en esa situación y de denunciarla sin perder la compostura, incluso, convirtiéndola en una situación bonita de confesar. En el plano moral, el flemático opta por lo que pudiera denominar una *estética de la dignidad*.

Acaso esta manera de hablar de la fenomenología pueda parecer heterodoxa. Lo más o menos correcto, en el plano académico y si la fenomenología es el tema, sería, como mínimo, hacer una referencia breve

² Aclaro que este encadenamiento y esta sociohistoria poco tienen que ver con la recuperación lineal del pasado, se trata más bien de una cadena, sí, vieja –también– y, además, enredada, tal vez herrumbrosa, pero que forma parte del presente vivo, como los objetos recordantes de Macedonio.

a Husserl; decir, por ejemplo, que a esta rama de la filosofía no le interesa la cosa en sí, ni la conciencia de la cosa, sino la presencia de la cosa y la comprensión de su significado por la vía de la intuición, y que si damos un salto epistémico hasta llegar a las ciencias sociales y, particularmente, a la psicología social, habría que cambiar *cosa* por gente produciendo e intercambiando signos e *intuición* por análisis tanto de lo uno como de lo otro. Eso sería, como dije, lo mínimamente correcto; pero no lo haré. Sólo diré que el fenómeno, o, si se quiere, la presencia sensible, es todo lo contrario de la paradoja. «De la instancia paradójica hay que decir que nunca está donde se la busca, y que, inversamente, no se la encuentra donde está» (Deleuze, 2002, p. 49). En nuestro caso, todo está donde se lo busca y siempre se lo encuentra donde está. El fenómeno es la piel del sentido, y «el sentido es lo expresado» (p. 29). Cabe añadir que Deleuze toma esta brevísima definición del mismo Husserl, quien desarrolla su proyecto, es decir, la fenomenología, sobre un fondo evidentemente empirista; no el *ahí* de la cosa desde mí, sino *la cosa ahí*, incluso sin mí. El mismo Deleuze lo dice de mejor manera:

La lógica del sentido está enteramente inspirada por el empirismo; pero precisamente sólo el empirismo sabe superar las dimensiones experimentales de lo visible sin caer en las Ideas, y sacar, invocar, y tal vez producir un fantasma en el límite de una experiencia alargada; desplegada. (p.28)

Ahora bien, la lupa de Merlín corre el riesgo de sugerir demasiado pronto que sólo vemos el resultado grueso de la acción conjunta e invisible de partículas diminutas; tal como sucede con una vieja metáfora de física según la cual todo comienza por una remisión a una de las condiciones más pequeñas del ser: el átomo. Veamos el siguiente argumento de Feynman (1996): si algún cataclismo, inesperado y asolador, acabara con todo el conocimiento científico, y tuviésemos que escoger sólo una frase para legarla a la próxima generación de seres humanos, ¿cuál expresión contendría la mayor información utilizando apenas unas cuantas palabras? La respuesta sería esta: *Todas las cosas están hechas de átomos, pequeñas partículas en movimiento perpetuo que se atraen entre sí cuando están a una distancia muy corta, pero que también se repelen y se estrujan unas con otras.*

Esta es una metáfora muy efectiva. Tanto que, por más que nos resistamos a aceptarlo, o que la moda epistémica nos sugiera refutarlo, nos cuesta no admitir que la materialidad del ser es, en principio, atómica. En efecto, en esa expresión hay un enorme montante de información acerca del mundo y un portento de ensueños paradójicos acerca de lo vasto y lo diminuto. No obstante, lo interesante para mi causa argumentativa, es el requisito de intelección que Feynman asoma en su trabajo: si Ud. quiere acceder a esa información, debe aplicar un poquito de imaginación y de pensamiento. La materialidad del ser, en su estado elemental, sólo es posible en nosotros si la convertimos por pensamiento en una imagen, es decir, si la re-presentamos. El átomo está ahí, *es real*, pero para verlo hay que inventarlo, imaginarlo o, mejor dicho, *realizarlo*; aunque debo aclarar que, *para ver*, ambas condiciones son necesarias, es decir, el ser y su imagen. William James (1961, p.25) lo decía de modo más elegante o, si se quiere, moral: «Nadie puede vivir una hora sin hechos y sin principios.» Y Heidegger (1960, p.71) lo decía enredado:

El procedimiento mediante el cual se lleva a la representación un sector de objetos, tiene el carácter de esclarecimiento de lo claro, de explicación. Ésta es siempre doble. Funda un desconocido en un conocido y al propio tiempo conserva este conocido mediante ese desconocido. La explicación se realiza en la investigación.

Y la investigación, para el mismo Heidegger, consiste en que «el conocer se instala a sí mismo como proceso en un dominio del ente, de la naturaleza o de la historia» (p.69). Así pues, el saber que se elabora por investigación, aclara lo aclarable sin verlo del todo claro, y para sostener esa claridad descabalada, se sirve, precisamente, de lo aclarable. Dicho de otra manera, si me piden explicar el átomo, hablo del átomo como si fuese evidente por sí mismo. El conocimiento acaba siendo una suerte de aumento producto de los resultados siempre parciales del interjuego de determinaciones que ocurre entre la palabra y el ser.

A todas estas, si el riesgo atómico surte efecto, la noción de presencia sensible queda escamoteada. Contrariamente, quisiera indicar que el aumento es más un efecto de sensibilidad que un acercamiento excesivo a la *verdadera naturaleza de las cosas*. Es, para decirlo sin tanto palabrerío filosófico, como acariciar la cáscara de un damasco. Terciopelo de sentido.

Un chiste fenoménico. Segundo ejemplo

La fenomenología puede operar incluso a despecho de la voluntad, tal como lo hace la deconstrucción. Y permítaseme un inciso a propósito de esta analogía. Cierta tradición crítica ha difundido la idea según la cual la deconstrucción³ es una operación a cargo del sujeto que enuncia, es decir, del crítico o del analista. Según Derrida (1997), padre de la criatura hasta nuevo aviso, eso no es tan así. Ella opera por su cuenta, como opera la lluvia en la expresión «llueve» o la temperatura en la frase «hace calor»; en palabras del mismo Derrida:

La deconstrucción tiene lugar; es un acontecimiento que no espera la deliberación, la conciencia o la organización del sujeto, ni siquiera de la modernidad. Ello se desconstruye. El ello no es, aquí, una cosa impersonal que se contrapondría a alguna subjetividad egológica. Está en deconstrucción (Litré decía: «deconstruirse... perder su construcción»). Y en el «se» del «deconstruirse», que no es la reflexividad de un yo o de una conciencia, reside todo el enigma.

Con ese enigma en ristre podemos distinguir el trabajo fenomenológico accidental en una expresión como la que sigue:

The ancient Greeks are said to have invented political theorising, but the sense in which they *invented* it is frequently misunderstood. Systematic reflection about politics certainly did not begin with Plato, and Plato himself certainly did not wake up one day, find that he had nothing much on his hands, and begin to write the *Republic*. (McClelland, 1998, p. 4)

Nada de lo que McClelland refiere *está* en el pasado; ni siquiera la palabra «antiguos». Aquí la presencia sensible tiene al menos dos niveles que pudieran expresarse así: 1) Leo a los griegos y no creo que sean como ustedes los han leído; 2) Para negar que los griegos inventaron la política, me sirvo de un

³ A veces le restan la primera s, calco de la gramática inglesa cuyo efecto escapa al modesto alcance de mi comprensión.

invento griego, la ironía. Este bucle fenoménico nos dibuja una sonrisa en el rostro; no porque escamoteemos el sentido haciendo lo que acabo de hacer, sino porque McClelland lo ha dicho así para regocijo de sí y del lector. En pocas palabras se trata de un chiste fenoménico. Todo está ahí para que nos riamos y, también, para que asumamos que a los griegos se los entiende mal si no se los lee como McClelland lo hace. Siempre es posible imaginar una lectura en la que Platón en efecto se levanta con ánimos de escribir la República, pero ese no es el caso.

Tanto en este como en el ejemplo de Rowling la cuestión de la presencia sensible adopta la forma de efecto ligeramente hilarante. En modo alguno es un resultado azaroso. La sensibilidad de lo presente, cuando se trata del sentido, es decir de lo que hay de relación entre un algo y otro que confluyen en el instante, produce un cambio de humor o, mejor dicho, de estado de ánimo. Es una presencia performativa y anímica. El fenómeno hace reír, llorar, morir de la rabia, etc. También puede engañar, como el rostro del actor o como las promesas del político. A propósito de esto último, he aquí un tercer y último ejemplo.

Un ‘no’. Tercer ejemplo

¿Está usted de acuerdo con dejar sin efecto el mandato popular otorgado mediante elecciones democráticas legítimas al ciudadano Hugo Rafael Chávez Frías como presidente de la República Bolivariana de Venezuela para el actual período presidencial?⁴

Por lo general, se suele considerar que toda pregunta persigue una respuesta. No siempre es así. A veces, aun queriendo, no es posible dar con una, como es el caso de la pregunta antitarwiniana y anticreacionista por excelencia: *¿cuál fue primero, el huevo o la gallina?* La pregunta que precede este párrafo no busca —al menos no en principio— una respuesta simple del tipo *sí* o *no*⁵; busca, más bien, antes de que el *sí* o el *no* sean enunciados, colocar al respondiente en el limen de un dilema moral: respondiendo, usted se acercará o se alejará de una costumbre, de un acuerdo colectivo. En este sentido, antes de responder, se presenta a Hugo Rafael Chávez Frías como una persona que está siendo sometida a una situación de injusticia. Me explico, esta persona está donde está (es decir, en posición de mandatario), porque así lo decidió el pueblo por la vía de un acto legal: las elecciones democráticas. Esto es lo justo, lo apegado a derecho. Así, todo aquel que se sienta en la obligación de estar ajustado a derecho, forzosamente tendrá que decir «no estoy de acuerdo» como respuesta a esta pregunta. Pues esa es la única opción de un demócrata luego de saber que el afectado por la medida de cesantía, ha sido electo democráticamente por las masas.

Por su parte, la contrapartida, sin duda, descalifica: todo aquel que diga «sí» se estará apartando por voluntad propia de una voluntad superior que es la voluntad del pueblo y, además, se estará apartando no de la idea de democracia, sino de la democracia vuelta hombre: el presidente electo

⁴ Esta fue la pregunta que formuló el Consejo Nacional Electoral de Venezuela a propósito del referéndum que habría de revocar o no el mandato del entonces (y todavía) presidente de ese país.

⁵ Sobre la simplicidad o complejidad de este tipo de respuesta habría que escribir unos cuantos tomos. Por ahora, me sirve considerarlas retóricamente simples.

democráticamente. El que quiera que su mandato cese, se convierte, automáticamente, en un ser antidemocrático y antipopular.

La pregunta se presenta de manera tal que pueda establecerse el alcance moral y legal de la eventual respuesta, donde el alcance bueno y legal es que el sujeto en cuestión permanezca en el lugar bueno y legal (la presidencia) donde ha sido colocado por una entidad buena y legal: el pueblo. Esta bondad y legalidad se sostienen por la sustracción del factor histórico o temporal. Chávez es una persona que aparece en la pregunta fija en el tiempo, como si hubiera sido electo hace unos instantes y, por eso, como si el eventual respondiente ignorara que eso ocurrió. Se le informa, de entrada, que Chávez fue electo presidente en acto público y apoyado por el pueblo, como quien advierte al ateo *¿estás seguro de que no crees en Dios padre, creador del cielo de la tierra y que hizo al hombre a su imagen y semejanza y que le dio el libre albedrío de manera que personas como tú pudieran darse el lujo de no creer en él?* en lugar de preguntar *¿crees o no crees en Dios?*

El alcance malo e ilegal correspondería al cese extemporáneo del mandato de esa persona, es decir, antes de cumplido su período presidencial; esto es, no creer ni asumir lo que debe creerse y asumirse. En definitiva, la presencia sensible que adopta aquí forma de pregunta pertenece a la sensación del mundo justo que, por ser tal, le pide al eventual respondiente que no lo cambie. La respuesta que busca esta pregunta es un *no*. En este caso, lo que aumenta la lupa es que el fenómeno inculpa.

Una invitación.

Ya para finalizar, una aclaratoria de cierre y una propuesta. Este brevísimo texto tenía al menos una finalidad: ilustrar por la vía de la alegoría y de la especulación qué cosa es la fenomenología; claro, a esto la lectora puede agregar dos palabras que pueden fácilmente deslegitimar cualquier cosa: «para mí». Confieso que me ha gustado más la finalidad alegórica y especulativa que la fenomenológica (aunque tal vez a estas alturas del texto pueden considerarse intercambiables) y, por esta razón, sugiero hacer un ejercicio con esa primera parte, algo así como la fenomenología de la lupa de Merlín. Estaré contento de leer los resultados.

Referencias

- Bachelard, G. (1997). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica [Publicado por primera vez en 1957].
- Barthes, R. (1957). *Mythologies*. Paris: Éditions du Seuil.
- Deleuze, G. (2002). *Lógica del sentido*. Madrid: Editora Nacional. [Publicado por primera vez en 1969].
- Derrida, J. (1997). *El tiempo de una tesis: Deconstrucción e implicaciones conceptuales*. Barcelona: Proyecto A.
- Fernández, M. (1982). *Museo de la novela de la eterna*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Feynman, R.P. (1996). *Six easy pieces*. Reading, MA: Addison-Wesley.

Heidegger, M. (1960). *Sendas perdidas*. Buenos Aires: Losada.

James, W. (1961). *Pragmatismo*. Buenos Aires: Aguilar. [Publicado por primera vez en 1907].

McClelland, J.S. (1998). *A history of the western political thought*. London: Routledge.

Rowling, J.K. (2005). *Harry Potter and the Half-Blood Prince*. London: Bloomsbury.

Formato de citación

Silva, Carlos (2008). La lupa de Merlín. *Athenea Digital*, 13, 201-208. Disponible en <http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/436>.



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons](#).

Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

Reconocimiento: Debe reconocer y citar al autor original.

No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar, o generar una obra derivada a partir de esta obra.

[Resumen de licencia](#) - [Texto completo de la licencia](#)